

Cubantropía



ESTOS ENSAYOS DEMUESTRAN QUE CUBA ESTÁ EN TODAS PARTES Y QUIZÁ SU DESTINO ES SER PARADÓJICA

IVÁN DE LA NUEZ

Periférica. Cáceres, 2020

376 páginas. 19 €

LA LENGUA SUELTA DE FERMÍN GABOR

ANTONIO JOSÉ PONTE

Renacimiento. 736 pp. 29,90 €

TESTIMONIOS DE LA ORGÍA

ABILIO ESTÉVEZ. Sloper. Palma de Mallorca, 2020. 200 pp. 16 €

Cuba no está sólo en Cuba. Se ha ido dispersando de tal manera que muy bien pudiera estar en cualquier parte. Así se entiende en *Mapa soñado*, una obra de Antonio Eligio Fernández que compone un mapamundi con innumerables siluetas de la isla. Nos habla de esa obra Iván de la Nuez en *Cubantropía* (Periférica): “La isla, en ese mapa, está en todas partes y, por esa misma razón, no está en ninguna”. Los textos que De la Nuez recopila en su libro a modo de autobiografía intelectual muestran su capacidad para aislar lo simbólico, transformar hechos cotidianos en significativos de-

talles de un tapiz que se ha dispersado en muchas direcciones y donde se ha abandonado el maximalismo que hablaba ampulosamente con mayúsculas.

En 1989 el futuro había cambiado, y mientras se inauguraba la Era Global, Cuba empezaba un periodo de adaptación. Varios artistas decidieron organizar un partido de beisbol. El cartel que anunciaba la *performance* gritaba: EL ARTE JOVEN SE DEDICA AL BEISBOL. En Cuba, nos explica Iván de la Nuez, cuando alguien dice “vamos a hablar de pelota” lo que está diciendo es “no hablemos de política”. “Aquel juego de beisbol fue una acción para enfatizar que ya no había nada que hacer con la política existente”. Interesado por igual en la observación política y en la crítica de arte, De la Nuez posee un olfato excelente para medir las derivas sociales. Así yergue una “teoría del reguetón” porque “sea lo que sea lo que pasa hoy en Cuba –transición, reforma, ca-

pitalismo de Estado, perfeccionamiento del socialismo, *whatever*– no se entiende sin el reguetón”. De la Nuez ya se definía como “poscomunista” en su *El mapa de sal*, entendiendo por tal a aquel que “utiliza la energía crítica empleada en el antiguo sistema para actuar de manera crítica ante la actual apoteosis del capitalismo”. Y de manera muy perspicaz observa que la derrota del comunismo significó también la caída del liberalismo y por tanto también de la democracia: el populismo ganando batallas parece darle la razón cuando, a través de Cuba, mira el mundo.

En Cuba se ha perdido el centro: no sólo el de la isla, también el del exilio. “Cuba es un país con una considerable proporción de exiliados y con una alta proporción de artistas e intelectuales en el destierro. De modo que, digan lo que digan los ideólogos paleoculturales que subordinan la cultura cubana a aquella que está producida exclusivamente en la isla, los cu-

banos han cancelado el contrato entre cultura nacional –sea esto lo que sea– y territorio.”

En el exilio o el destierro están Antonio José Ponte, autor de *La lengua suelta de Fermín Gabor* (Renacimiento) y Abilio Estévez, que junta estampas en *Testimonios de la orgía* (Sloper). Estévez retrata –en el mejor texto de la recopilación– a Virgilio Piñera en el infierno, nos presenta a Reinaldo Arenas en una excelente imagen alucinada, regresa a su infancia y la mete en una gota de ámbar. Cuba es un ajiaco: una mezcla de viandas y vegetales que simboliza la formación de una sociedad mestiza. Y el libro, de prosa cuidada y ritmo sincopado, tiene algo de eso, de mezcla de recuerdos vívidos e indagaciones de lector, de confidencia imponente y reivindicación de algunos maestros.

Estévez sale, aunque poco y bien parado, en *La lengua suelta*, un tomo de más de setecientas páginas de las cuales las últimas doscientas treinta se dedican al *dramatis personae* en el que A. J. Ponte amplía información sobre los personajes del libro –todos reales, por inverosímiles que parezcan–. “La lengua suelta” era una serie que, con la autoría de Fermín Gabor, se fue publicando en la revista *La Habana Elegante*. Las crónicas retrataban, de manera hilarante, con un estilo extraordinariamente rico, trufado de apuntes memorables, el mundo cultural de Cuba. Tuvieron suficiente impacto como para que alguna voz del oficialismo saliera a combatirlos, sin demasiada suerte. Fermín Gabor, seguramente porque no tenía nada que perder, no se detenía ante ninguno de los temores que pudiera acuciar a un cronista habanero. Pero su conoci-

Los enemigos del traductor

AMELIA PÉREZ DE VILLAR

Fórcola. Madrid, 2020. 208 páginas. 16,50 €

Traductora vocacional (quiso serlo antes incluso de cumplir los diez años), Amelia Pérez de Villar (Madrid, 1964) pasa revista en este volumen —que compila artículos publicados en su blog *De libros y de hojas* y en la revista *El Trujamán*— a los peores *enemigos del traductor*, entre los que desenmascara la invisibilidad, la falta de respeto propia y ajena, las prisas excesivas o la precariedad del sector. Y lo hace con tanta rotundidad y rigor como amenidad y contundentes ejemplos. Así, al defender su trabajo frente a quienes recurren al traductor de algunos buscadores de internet como sustituto de los profesionales, recuerda, por ejemplo, la complejidad de Henry James. Cuando tuvo que verter al castellano *Novelistas*, sabía que el escritor neoyorquino siempre utilizaba la última acepción de cualquier palabra, a menudo la más inusual. Durante semanas tuvo un párrafo del libro subrayado en rosa porque desconfiaba de su sentido. Y al final descubrió que la clave estaba en la palabra aparentemente más inocente y obvia de todas, “*moment*”, que podía significar, en inglés, “importancia”. “Supere eso, señor Google”, remata burlona.

Convencida de que para un editor responsable “contar con un buen profesional es una inversión y una garantía de calidad”, a Pérez de Villar le duele que en muchas reseñas no aparezca siquiera mencionado el nombre de quien hace que el castellano de determinado autor “suene” tan bien. Le ofende la inestabilidad del sector, la inseguridad en los contratos, los honorarios vergonzosos, “el número de horas que pasamos al teclado”, sin vacaciones ni horarios, o la imposibilidad de ejercer su oficio de manera exclusiva. Y, sobre todo, le entristece que, tras tantos años de lucha y trabajo, jóvenes recién salidos de las facultades de Filología acepten encargos de última hora con plazos de entrega imposibles y traduzcan trozos de obras a cambio de tarifas de vergüenza. “Formamos parte de un sistema que hace agua” y en el que, en general, pocos respetan un trabajo que ella defiende con pasión, mientras se reeditan versiones que novelistas de prestigio como Borges o Martín Gaité publicaron de los clásicos, a veces con errores de consideración. **MIGUEL CANO**

PÉREZ DE VILLAR DESENMASCARA ENEMIGOS DEL TRADUCTOR COMO LA PRECARIEDAD, LA INVISIBILIDAD, LA FALTA DE RESPETO PROPIO Y AJENO O LAS PRISAS

miento de primera mano de lo que acontecía en despachos y saraos de la cultura oficial debió hacer temblar a más de uno. Gabor se ocupa de unos años en los que el oficialismo trata de recuperar lo que antes le repugnara: la rehabilitación de Lezama y Piñera debía completarse con la de Cabrera Infante, porque “la cultura cubana es una sola”, según repetían. “Pero lo decían para hacer de ella un partido único como el Partido Comunista de Cuba”, apunta.

El retrato, que podría recordarnos a *La novela de un literato* de Cansinos, es inmisericorde y carcajante: es uno de los libros más divertidos que uno ha leído en su vida. Y ni siquiera hay que temer por el “color local”: el estilo de las crónicas, su fuerza paródica, su humor inquebrantable, las libera y puede uno prescindir de saber quién es un tal Arango o un tal Fonet.

Desde luego abundan las caras conocidas: Arrufat, Senel Paz, García Márquez, Cintio Vitier y Fina García Marruz, Norberto Fuentes, Zoe Valdés, Pablo Milanés, Silvio Rodríguez... El libro comienza con el viaje de la expedición cubana a la Feria de Guadalajara. Como atendiendo al consejo de John Ford que pedía que una película empezara como caballo entrando en chatarrería y de ahí siguiera hacia arriba todo lo que pudiera, Gabor tira hacia arriba después de su primera crónica y empieza a analizar números de *La Gaceta de Cuba*, a contar cómo el Gobierno envió heraldos para convencer a Cabrera Infante de que permitiera una edición cubana de *Tres tristes tigres*, cosa a la que jamás cedió, a retratar a fantasmas, listos, antiguos represalia-

dos que aspiran a vivir en un palacio y hacen chistes terribles sobre represaliados, ministros que suspiran porque Carmen Balcells los represente, escritores que no escriben aunque ganan todos los premios, y otros que ante su insignificancia como escritores inventan cómo fueron perseguidos...

La carcajada está asegurada, sí, pero también es cierto que el tapiz confeccionado por Ponte no puede ser más deprimente. Como con el libro de Cansinos, haríamos mal en quedarnos en su fachada: es mucho más que mera crónica literaria. Es un minucioso retrato de

CUBA ESTÁ EN TODAS PARTES, TAN PARADÓJICA QUE SOPORTARÁ ENCANTADA QUE UNO DE SUS GRANDES LIBROS SE RÍA DE ESAS PENOSAS ÉLITES

una élite podrida, incapacitada para emitir el menor entusiasmo que no suene a hueco, detenida en su propia, inconsolable, impotencia, conformada con ambiciones necias. Quizá, más allá de la excepcionalidad cubana, a ninguna cultura le vendría mal una andanada tan colosal como la que propone este libro. Pero para hacerla no es suficiente ni rencor o afán de justicia: es indispensable el talento de Ponte.

Al fin y al cabo, como dice De la Nuez en *Cubantropía*, Cuba está en todas partes, y quizá su destino es ser tan paradójica que soportará encantada que uno de sus grandes libros sea, precisamente, uno dedicado a reírse extraordinariamente de la viciada atmósfera de esas penosas élites. **JUAN BONILLA**